

Luis Cernuda sobre Juan Ramón Jiménez. (Notas a una discrepancia).

I

La actividad poética y doctrinal de Juan Ramón Jiménez (JRJ), así como algunas de sus actitudes personales, han anotado en su biografía una serie de incomprensiones y rencillas que algunos estudiosos y biógrafos del poeta moguereno valoran con rasero muy uniforme, cuando no como caprichosos rechazos o meras descortesías.

Parece claro que las motivaciones personales son explicación convincente para muchos de los ataques e injustificadas críticas que sobre JRJ se vertieron. Pero no por ello debiéramos de olvidar la posible presencia de otras razones no estrictamente personales que, por el contrario y si bien mezcladas con estas últimas, vienen exigidas por la propia obra y doctrina juanramonianas, capaces por sí solas de desatar polémicas y levantar protagonismos, pues no en vano ambas marcan un largo período de historia literaria.

De entre los muchos episodios biográficos de JRJ en los que crítica doctrinal y poética, junto a personalismos e inquina, se entreveran, quizá uno de los más aireados y conocidos hay sido el que tuvo como antagonista al conspicuo y excelente poeta sevillano Luis Cernuda (LC), cuyo encono no remitiría ni siquiera después de 1958, año de la desaparición de JRJ.

Los conocedores de la labor crítica de LC saben perfectamente de la oscilación de sus gustos y posiciones literarias; de lo tornadizo de muchas de sus opiniones y hasta de lo contradictorio, en ocasiones, de sus aprecio y estimaciones. Pero también e igualmente saben de su lucidez y fino olfato poético, de la valía de sus testimonios y de la congruencia y oportunidad de sus múltiples polémicas.

Nadie podría negar razonablemente que la inquina personal está presente en varios de los juicios de LC sobre JRJ, desparramados a lo largo de su obra crítica. El propio LC ya advierte, al esbozar el recuerdo de cómo conoció a JRJ en un texto crucial para interpretar la discordia (1), que "...aunque atraído por su obra experimenté cierta dificultad ante la persona". De igual modo podrían aducirse algunas opiniones no lejanas a lo insidioso, como la que rectificaba hace ya algún tiempo Bernardo Gicovate acerca de la influencia de Yeats en JRJ (2).

Pese a todo, yo no creo que todas estas opiniones hayan de ser medidas únicamente por el rasero de la falsía, la insidia o el interés espurio. Como tampoco creo que se trate de una cuestión de modas literarias. Pienso, por el contrario, que lo que se debate en el progresivo enfrentamiento de LC con la poética de JRJ hunde sus raíces en una más amplia polémica, correspondiente a las teorizaciones del "vitalismo" poético, fundamentalmente las que se mueven en torno a la filosofía fenomenológica de los años 20 del siglo actual, pues es aquí donde va a consolidarse plenamente la consigna de la "poesía pura" y de los diversos formalismos poéticos.

Tengamos presente que todos los grandes poetas que se vislumbran en estos años y que se asocian a esta problemática se han considerado a sí mismos como poetas puros, poetas sin más o partidarios de la poesía "formal". El riesgo que se corría, de lo contrario, era el de caer en el dogma del realismo socialista y de la poesía politizada y en este sentido es obvio que tanto JRJ como LC participan de esta autoconsideración de poetas "formalistas". Pero también es igualmente cierto que el "vitalismo" o el "formalismo" poéticos no tienen un sentido unívoco e incontrovertible y que, cuando menos, adoptan dos posturas, invertida la una con respecto a la otra, y que representan dos modos de entender la práctica poética: por un lado la que, separando la Vida de la actividad literaria, inserta el espacio poético en la región de lo puro y trascendental; y por otro lado, aquella otra que pretende fundir los dos espacios o, por mejor decir, incrustar la poesía en los confines de la vida individual del poeta (3).

Es indudable que JRJ fue fiel hasta su muerte a la primera de estas corrientes, a la que nada quiso saber de lo cotidiano y externo, quizás por demasiado vulgar; y que LC, a pesar de la oscilación de sus concepciones entre una poesía transformadora de normas y preceptos y otra que se encarnara en la Vida para trascenderla, siguió la segunda de estas sendas. Por lo menos éste es su punto de vista cuando redacta el capítulo dedicado a JRJ para sus *Estudios sobre Poesía Española Contemporánea*, aparecidos en 1954 (4), y nada más comenzar, escribe no sin cierta acre ironía:

"... quién ha podido esconder en su casa a la poesía, o cree haberla escondido, ¿qué le importa la vida? Sobre todo cuando ese quien estuvo siempre dispuesto a menospreciarla." (p. 371).

Por todo ello yo querría proponer, con toda modestia, el que apartemos

en lo posible el ingrediente personal, que lo obviemos en otras ocasiones y que nos traslademos a las perspectivas desde las que LC analiza y contempla la historia de la poesía española del siglo XX y desde las que toman valor sus observaciones sobre la obra de JRJ, pues únicamente así sería posible hallar más sustanciosas claves con las que interpretar esta discrepancia.

II

Como es sabido el primer escrito en que LC se ocupa de JRJ es en el titulado "Unidad y diversidad" que data de 1932. Su intención aquí es manifestar los caminos por los que piensa él que discurre la poética juanramoniana. La ve como confluencia de varios lirismos, significando la ascendencia becqueriana (y todos conocemos la alta estima en que LC tenía a Bécquer), la vena modernista pronto desechada, las lecturas extranjeras desde Goethe a los simbolistas franceses con la inclusión de Mallarmé y Joyce (si bien estos últimos "...actúan en otro sentido."), etc.

Dichos argumentos serán repetidos, aunque con distinta modulación, en posteriores menciones y artículos. Pero notemos que el elemento en el cual LC hace mayor hincapié para tratar de explicar la aparente diversidad de la obra juanramoniana, el elemento definitivo, el que presta "unidad" tanto a poemas como a prosas, aquel por el cual JRJ se erige en "toda una época de la poesía española", es lo que reconoce y nombra "actitud vital", es decir, la capacidad interior del poeta, aquello que:

"... nada ni nadie puede darnos, si no existe ya de por sí y con anterioridad al espectáculo externo." (p. 1.251).

Esta especie de virtud interior y subjetiva es la que convierte en poesía todo aquello que se ve y que se siente. Así, la explicación de la melancolía, por ejemplo, como de otras muchas constantes en la poesía de JRJ, vendrían a explicarse antes por tratarse de una "actitud vital" que por el hecho de ser un tema, un motivo externo.

Retengamos, pues, este dato: la afirmación del vitalismo subjetivo, de la "actitud vital", como clave de la bondad poética, con todas las especificaciones que hayan de hacerse desde Verlaine o Samain a Mallarmé o Joyce. Y retengamos, aunque ahora sólo sea de forma anecdótica, que esta afirmación vitalista se hace con un muy sintomático recordatorio a Nietzsche.

Hasta pasados diez años (es decir, hasta la publicación en 1942 de su estudio para la revista EL HIJO PRODIGO) no volverá LC a ocuparse por extenso de JRJ. Durante esos años, que abarcan la tragedia civil de 1936 y el posterior exilio de ambos, LC seguirá insistiendo en la importancia de ciertos valores poéticos de JRJ (así, el de la reconversión del romance tradicional en pura sugestión lírica, valoración que, igualmente, desarrollará años después

Pedro Salinas; o en la identidad de opiniones —como, por caso, la del sentido de la poesía popular—, etc.). Todo ello junto a pareceres de índole coyuntural, sin duda derivados de la común trinchera que habitaron durante el conflicto bélico. No obstante, en 1937 LC no dejaría de marcar una línea divisoria (y pienso que no únicamente generacional como él mismo sugiere):

“Creo que seremos algunos ya los escritores de generaciones más recientes que sientan cierta náusea al oírse llamar, con buena o mala intención artistas de minorías. La denominación, es sabido, tuvo origen en el propósito y en las palabras de dos grandes escritores españoles contemporáneos: Juan Ramón Jiménez y J. Ortega y Gasset.” (*Ensayo y Crítica*, p. 1.329).

Por lo demás, el artículo de 1942 es aprovechado por LC para reiterar los ascendientes poéticos de JRJ; pero ahora lo becqueriano se convierte en una atmósfera lírica no sólo culta —Ferrán, Rosalía de Castro, Bécquer...—, sino también folklórica, aprovechada por JRJ en tan buena y gran medida; y el nexo modernismo hispánico-simbolismo francés acentúa ahora la dependencia de JRJ con respecto a esta última escuela, consignando que, pese a sus afirmaciones en contrario al hablar de su “Baja de Francia”, JRJ no ha conseguido desprenderse enteramente de ella. Y, en fin, también estaría su:

“...interés hacia la poesía de otros países además de la suya propia.” (*Ibíd.*, p. 1.355).

Lo que interesa retener en esta ocasión es el modo en que LC sustituye ahora la “actitud vital” por el “culto estético” como explicación del fondo inalterable de la poesía de JRJ. Y es que en esto hay un indudable peligro para la poesía porque esa pérdida del sentido de lo vital, pese a ser en ocasiones lo que genera la originalidad poética, es también el “lado débil”, en vista de que:

“...al rechazar cualquier auxilio previo a nuestra experiencia puede uno perderse en un laberinto, sin distinguir las líneas esenciales de aquello que se contempla...” (*Ibíd.*, p. 1.359).

En realidad, lo que subyace tras esta nueva imagen de 1942 es una advertencia sobre lo ilusorio que resulta alimentar la creencia de que la Poesía puede existir de modo autónomo y sin fundirse con la Vida, de que la Forma puede vivir plenamente y sin más; de que, en fin, la Forma puede llegar a expresarse por ella misma. Y por eso esta nueva visión se convierte en una crítica: porque lo que LC reivindica como valores poéticos puros no se corresponden con los de la “poesía pura” o “poesía para minorías” de JRJ; porque para el poeta sevillano no cabe escribir o hablar de poesía en esos momentos desde la dicotomía entre Vida y Literatura sino desde su fusión, desde su literaturización y trascendentalización.

Y en efecto, cuando LC redacta sus *Estudios sobre Poesía Española Contemporánea* convierte el capítulo dedicado a JRJ en una colérica arremetida en

la que, inclusive, se atreve a encarar por primera vez y de manera directa el asunto de la técnica poética de JRJ para reducirla, no cabe duda de que injustificadamente, a mera retórica o a huero hermetismo. Pero se trataba, por otra parte, de la lógica conclusión que cabía sacar de una poesía que, en opinión de LC, ha tratado sólo de apariencias, impresiones caprichosas y "estados del alma".

Precisamente por tratarse de una premeditada y furiosa descarga (el propio LC reconocería años después que escribió el capítulo por las mismas fechas en que tuvo lugar otra memorable arremetida: la de JRJ contra Vicente Aleixandre, uno de los escasos nexos, independientemente de las distancias literarias y personales, que conservaba aún en España) aparecen más nítidamente delimitadas las líneas ideológicas que les separan, así como más claramente contrastadas las argumentaciones. Digamos que el talón de fondo sobre el que reposan estos argumentos es siempre el mismo: la poesía de JRJ se debate entre una gran "presión retórica" porque "actitud vital" y "actitud estética" caminan desconectadas, la una embutida en un "subjetivismo egotista", desdeñoso para con todo lo humano y vivo, y la otra alimentada únicamente de impresiones, de apariencias, pero jamás de conceptos o de ideas.

Para quien se sitúa en la óptica de los movimientos poéticos de los años 50 nada le podrá extrañar que sean estos los argumentos utilizados. Son los años en los que, por motivos que no vienen ahora al caso exponer, se produce una profunda fisura en el formalismo poético y comienza una reivindicación del valor conceptual y eidético de la poesía. Se trata de recuperar una tradición poética, una vez pasadas las resacas del intervencionismo social de la poesía y las proclamas vanguardistas más o menos efímeras (y, atención, sin que esto haya de ponerse en relación con el llamado "realismo socialista") que, proveniente de los años 20 tiene en T. S. Eliot la figura más representativa y eximia, aunque también en Pound y otros muchos; es también el momento en que Vicente Aleixandre ensaya un nuevo registro poético y propone el acto poético como acto de comunicación. Son, en fin, otras múltiples cuestiones de las que irá naciendo ese apartamiento de JRJ en el gusto y la consideración de los poetas más jóvenes que escriben por esos años. De igual manera que de todo este estado de cosas es producto la recuperación en el territorio poético hispánico de figuras como las del Unamuno poeta y la de Antonio Machado. LC lo diagnosticaba así:

"Hacia 1925, cuando cualquier poeta joven trataba de expresar su admiración hacia un poeta anterior, lo usual era que mencionase el nombre de Juan Ramón Jiménez (...). Hoy, cuando un poeta trata de expresar su admiración hacia un poeta anterior, lo usual es que se mencione el nombre de A. Machado (...). Y es que los jóvenes, y aún más los que han dejado de serlo, encuentran ahora en la obra de Machado un eco de las preocupaciones del mundo que viven, eco que no suena en la obra de Jiménez. ("Antonio Machado" en *Estudios...*, p. 360).

Y cuando el entrevistador del diario NOVEDADES de México intenta

provocarle una ruidosa respuesta, LC exclamará sin cortapisas:

“Si, Raúl Leiva: es lo de siempre: muchos escritores, en privado, coinciden conmigo en los juicios expresados sobre la obra de Jiménez, sin embargo se escandalizan cuando esos mismos juicios se publican. Para mí tanto Unamuno como Machado (Antonio), como poetas, son muy superiores al autor de *Platero y yo*.” (Conversaciones con Luis Cernuda, p. 1.454.)

III

Seguramente los aspectos más sugerentes de esta discrepancia haya que buscarlos en la obra poética de ambos. Mediante un minucioso cotejo, que no nos permite el reducido ámbito de esta comunicación, quizás nos fuera dado entender el porqué de esa “catársis o purgación de los venenillos del resentimiento”, como la describiera Ricardo Gullón (5). En realidad, a lo que todo esto debiera conducirnos es al más amplio problema de las relaciones entre JRJ y ese extraordinario grupo de poetas que se conoce como “Generación del 27”, pues en ellas está todo el refluir de la poesía española del presente siglo.

Digamos, no obstante y con esto concluyo, que junto a la aceptación de unos datos externos como puedan ser el extenso magisterio juanramoniano, por cierto que expresamente reconocido por LC, en su doble perspectiva de poeta y de desgranador de tradiciones poéticas, como la anglosajona, poco conocidas en España; o la capacidad de JRJ para sondear los nuevos aportes de esos poetas más jóvenes (6), habría que determinar no sólo los disentimientos sino las ciertas similitudes con que se articulan los dos universos líricos, el de JRJ y el de LC, aparentemente enfrentados: si la poesía del moguerense puede definirse como una constante búsqueda (de la belleza, de la desnudez y perfección poéticas), la del sevillano pretenderá otra búsqueda (la del paraíso perdido, la de los remedios a su desolación, la de la renuncia definitiva), con iguales requerimientos a los de aquel JRJ que en 1952 expresaba la ilusión de poder corregir todos sus escritos el último día de su vida “para que cada poema mío fuera todo yo”. Y si en JRJ la aspiración a la pureza es un acto en el que habría que fundir alma y vida, el anhelo cernudiano consistirá en un intento por recoger ese momento, que se sabe fugaz, en que realidad (mundo, vida) y deseo (amor, felicidad, ilusión) puedan llegar a fundirse.

He querido olvidar adrede los dos últimos artículos que LC dedicó al poeta cuyo centenario conmemoramos porque, aparte de que esta leve y muy sucinta indagación no puede dar mucho más de sí, los artículos en cuestión se remiten al género de lo insidioso (inaugurado por LC en el ya citado artículo de EL HIJO PRODIGO donde este asegura la imposibilidad de que JRJ hubiese conocido a Hölderlin en 1904 y que provocara la también antedicha respuesta

por parte de JRJ en el sentido de que lo había leído en un cuaderno antológico) y para nada sirven a nuestros propósitos, aunque sí para constatar la definitiva ruptura: el primero, "Los dos Juan Ramón Jiménez" (pp. 1.016-1.020) escrito al poco tiempo de morir JRJ, evidencia un desprecio y un tono subjetivo donde el argumento "ad hominem" domina sobre cualquier rastro de objetividad; el segundo, "Jiménez y Yeats" (pp. 1.116-1.120), pretende introducir dudas sobre la originalidad de un poeta al cual en tan distintas ocasiones él mismo había reputado como tal.

¿Creería Cernuda que actuando así pagaba con la misma moneda que JRJ había puesto en circulación para con algunos de sus más estimados amigos-poetas?

Fernando García Lara

Colegio Universitario de Almería

NOTAS:

- (1) Hago referencia al artículo publicado en el n.º 3 de la revista mexicana EL HIJO PRODIGO (1942) con el título "Juan Ramón Jiménez" y que recibiera precisa e inmediata respuesta por parte de JRJ en el n.º 6 de esa misma publicación en forma de "Carta a Luis Cernuda".
- (2) **La poesía de Juan Ramón Jiménez**. Cito por la edición española, Barcelona, Ariel, 1973. p. 140.
- (3) La lógica interna que une o separa teóricamente las diversas formaciones poéticas de las vanguardias está siendo objeto de un atento estudio que actualmente tiene en preparación el profesor de la Universidad de Granada, Juan Carlos Rodríguez. De él recogemos este planteamiento por parecernos fundamental para un correcto enfoque de la poesía del siglo XX. Un adelantado puede leerse en su artículo "Poesía de la miseria / miseria de la poesía (nota sobre el 27 y las vanguardias)" en **Lecturas del 27**; Universidad de Granada, Dpto. de Literatura, 1980, pp. 335-378.
- (4) Los números que hacen referencia a paginación y que figuran tras las citas de LC corresponden a la excelente edición de su obra **Prosa**, llevada a cabo por Barral Ed., Barcelona, 1975. Los **Estudios...** más arriba citados se incluyen entre las páginas 289-484 de la mencionada edición.
- (5) En **Conversaciones con Juan Ramón**, Madrid, Taurus, 1958. P. 184.
- (6) Vid., por ejemplo, los análisis de Carlos Bousoño sobre la influencia lorquiana en JRJ en **Teoría de la expresión poética**, Madrid, Gredos, 1966 (4.ª). Pp. 87-93 y **Seis calas en la expresión literaria española**, Madrid, Gredos, 1969 (4.ª). Pp. 229-239.